

VII. El humanismo esperanzado ²⁶

La incertidumbre y la desesperanza que habitan el corazón del hombre que recorre los últimos tramos de esta centuria y la angustia que sepulta la alegría de una humanidad enferma, son productos de una doble mutilación: la del pasado y la del futuro; el mito y la utopía. Se dice que la modernidad ha muerto y que la postmodernidad es el afianzamiento de un presente perpetuo. Los profetas del Apocalipsis y los filósofos de la uniformidad universal anuncian que ha llegado el fin de la historia y de su múltiple, compleja y contradictoria trama para dar paso a un tiempo lineal y homogéneo.

No obstante, el derrumbe de la autocracia estalinista no legitima moralmente la instalación del totalitarismo de mercado. Entre ambos, como una frágil naturaleza estremecida, se encuentra el hombre, víctima de los ideólogos y de los tecnócratas. Entre ambos, el vacío de la existencia se acentúa en la ausencia de justicia, de solidaridad y de fraternidad.

Albert Camus trató de fundar una nueva filosofía para un tiempo azotado por la insensibilidad y la desilusión.

26 Alejandro Serrano Caldera. *Los dilemas de la democracia. Hacia una Ética del Desarrollo*. Segunda edición. Editorial Hispamer. Managua, Nicaragua. 1998

El Mito de Sísifo, su más grande mensaje a una humanidad dolida, se inicia con esta cita de Píndaro: “Oh, alma mía no aspiras a la vida inmortal, pero agota el campo de lo posible”.

No obstante, Camus destierra la esperanza para evitar la desilusión. “Cuando las imágenes de la tierra se aferran demasiado fuertemente al recuerdo, -dice- cuando el llamamiento de la dicha se hace demasiado apremiante, sucede que la tristeza surge en el corazón del hombre: es la victoria de la roca, la roca misma”.

“La inmensa angustia es demasiado pesada para poderla sobrellevar. Son nuestras noches de Getsemaní. Pero las verdades aplastantes parecen al ser reconocidas”.

Unamuno proclama trágicamente que la conciencia es una enfermedad, que el trabajado linaje humano no es más “que una fatídica procesión de fantasmas que van de la nada a la nada”, y que los seres humanos son sólo “chispas que brillan un momento en las infinitas y eternas tinieblas”.

Sartre resuelve su desesperación metafísica en un escepticismo radical para el cual “todo es lo mismo cuando se ha perdido la ilusión de ser eternos”. Aunque toda esa filosofía de la existencia trata de colmar el vacío que anida en el corazón del hombre, nos propone, no obstante, un humanismo desilusionado construido sobre los páramos del alma desolada. ¿Pero quién puede vivir sin esperar y esperar sin soñar? ¿Qué realidad se construye sin esperanza y qué vida sin sueños?

La propuesta de un humanismo para este tiempo desgarrado existe en ella pero falta la formulación de una racionalidad optimista que consagre el derecho a la esperanza y que substituya la racionalidad instrumental que pretende gobernar la historia.

Para superar la crisis que hoy padece la humanidad y participar sin degradarnos en los maravillosos avances de la ciencia y de la tecnología, es necesaria la recuperación de la ética, del humanismo y de la utopía. La ciencia y la técnica no son un fin en sí mismas, sino un medio y una magnífica opción cuando están al servicio de los más altos valores del ser humano y de la sociedad. Ciertamente que la técnica ha perfeccionado los objetos materiales, pero también que por sí sola no puede hacer más humano al hombre ni elevar su categoría moral.

El mal entonces no es la utopía, sino los abusos que se han cometido en su nombre; no el deseo de la sociedad perfecta -el paraíso recobrado- porque ¿qué, otra cosa sino una esperanza infinita son el ser humano, la vida y la historia?. El mal radica en la violencia sobre el hombre concreto de hoy en nombre de la felicidad y la justicia de mañana y en el sacrificio de la persona bajo el pretexto de un futuro mejor, como si fuera posible realizar un proyecto de humanidad sobre los despojos de los seres individuales.

El humanismo esperanzado exige recobrar la unidad fracturada entre la vida y la razón y colocar por encima de la utilidad, la eficacia y el beneficio, los valores de la solidaridad y la fraternidad y la preocupación por la ética. Debe buscarse la síntesis entre la razón y la vida

pues como dijo Ortega y Gasset “la vida sin razón es barbarie y la razón sin vida es bizantinismo”. Se trata, en síntesis de humanizar la vida y vitalizar las humanidades.

Esto nos lleva a revisar el concepto mismo de desarrollo que trasciende de un contenido estrictamente económico a una dimensión ética y social que incluye, además, la participación de todos los sectores, sobre todo los menos favorecidos, en los beneficios materiales, culturales y espirituales de la sociedad, lo cual exige una clara participación del Estado en la distribución del ingreso como regulador de los procesos económicos y garante de la justicia social.

Es este un momento oportuno para proponer la necesaria síntesis entre vida, razón y ética, para restaurar la unidad fracturada y devolver al hombre y a la mujer su plenitud como seres integrales, y por lo mismo, a la vez racionales e intuitivos.